

RUTH M. LERGA

¡A SUS ÓRDENES!



¿El remordimiento de Marcos? No poder olvidar a la mujer que lo abandonó.

El de Julia: decidir por Marcos sin darle la oportunidad de quedarse a su lado.

La inspectora jefe Julia Córdoba sabe que tiene mucho que expiar, pero para eso primero tendrá que conseguir que su exmarido quiera escucharla. Es lo que tiene cuando te largas sin dar explicaciones, envías el divorcio por correo y diez años después vuelves a su vida sin previo aviso para intentar reconquistarlo.

La vida de Marcos Puig se ha puesto de repente patas arriba, ahora que se había reconciliado con el pasado. Su exmujer ha decidido pedir el traslado a su misma comisaría y pretende... La verdad es que no sabe qué pretende, pero mejor no averiguarlo. Después de tantos años, una parte de él sigue amándola y, sin embargo, no quiere dar su amor a quien ya lo despreció una vez. El dolor sería insoportable.

Pero hay tres cuestiones con las que el inspector Puig no cuenta: la tenacidad de ella, la química entre ambos, que sigue fluyendo con fuerza, y la razón por la que Julia se fue y que él ni siquiera sospecha.

Índice de contenido

Cubierta

¡A sus órdenes!

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Nota de la autora

Sobre la autora

Notas

*A mi amiga Àngels Sola, porque puede pasar el
tiempo,
porque podemos habernos alejado a miles de
kilómetros la una de la otra,
pero nuestra amistad se mantiene intacta,
tanto como el amor y el respeto que sentimos la
una por la otra*

Capítulo 1

*P*incipios de febrero

Marcos miraba el móvil con fijeza. Era la tercera vez que le llamaba y la tercera vez que no respondía, quitándole la voz para que el sonido no lo tensara todavía más de lo que estaba. ¡Qué estupidez haber borrado su contacto tanto tiempo atrás, se lamentó, si tenía el número de Julia grabado a fuego en la memoria! Claro, que mejor que cualquier recuerdo sobre ella estuviese en su cabeza y no en su corazón. Le había quedado bastante maltrecho y, aun así, en ese momento latía a, como mínimo, cien pulsaciones por minuto. Ni haciendo series le bombeaba tan deprisa.

Tenía que contestar, sabía que tenía que hacerlo, y no solo para demostrarse que no era ningún cobarde, no debía explicaciones a nadie y sabía que le sobraban valor y cojones para enfrentarse a lo que fuera que tuviese que decirle.

Pero eso mismo, el motivo de tan extraña llamada debía de ser muy importante para que un domingo al azar contactase con él tras once años. Aun así, ¿qué cojones querría, después de tanto tiempo?

No había sabido de ella desde que desapareciera. Firmaran el divorcio exprés –algo novedoso entonces– al año de haberse cumplido su boda, como la ley exigía para evitar primero la separación, aunque hiciera ya diez meses

que habían roto no solo la convivencia, sino cualquier tipo de relación.

Desde que ella le había dejado, se recordó, a los dos meses de casarse.

Los papeles llegaron a su domicilio, Julia no mezclaba lo personal con lo profesional y, por tanto, no usaría ningún medio de comisaría, en un sobre marrón de papel verjurado con su nombre y dirección escrito a máquina, completamente impersonal. Ni una nota que lo acompañase, ni una llamada o un *e-mail* previo que le advirtiese de la documentación que estaba por llegar. Nada.

Y ahora Julia marcaba su número tres veces en una sola mañana; en concreto, en menos de dos horas. Tanta insistencia debería de preocuparle, pero hacía años que la borró de su vida, volviéndose inmune a los momentos vividos. Lo que no explicaba su corazón acelerado, pues, en verdad, había obliterado cualquier recuerdo y vivido sin mirar atrás.

Dejó de parpadear su nombre en la pantalla después de casi un minuto de insistencia. Respiró hondo, sabiendo que el alivio duraría poco.

Sintiéndose un crío, decidió llamarla él. Se sirvió un vaso de agua helada a pesar de que los termómetros marcaban once grados –lo que significaba bastante frío en Valencia–, abrió las cortinas del comedor para poder ver el mar, aprovechando que vivía en un pequeño piso enfrente del puerto, cerca de la villa de la novia de su amigo Mateo y que el horizonte se divisaba desde los enormes ventanales de suelo a techo de su comedor, y se sentó en el sofá, obligándose a calmarse, preparándose para lo que vendría.

Llevaba, en realidad, un buen rato pensando en cómo contestar, guardándose la rabia que le había sorprendido, aflorando con una intensidad inesperada. Un terremoto de grado máximo en la escala de Richter.

Cogió el móvil y, en lugar de darle a rellamada, marcó de memoria, demostrándose lo que ya sabía: habría olvidado a Julia, pero no su número, y eso decía mucho en contra de sí mismo.

Ella lo cogió al segundo tono.

—¿Marcos?

Escucharla de nuevo le afectó durante un instante. Bromeó mucho en el pasado con ella al respecto, diciéndole que se había enamorado de su voz de locutora de radio, tan sensual. Esa voz que le había susurrado en la cama detalles muy calientes de lo que quería.

—Sí, soy Marcos —respondió con tono neutro, no queriendo reconocer que sabía quién era, deseando restarle importancia, una que no merecía—. Tengo tres llamadas perdidas tuyas, ¿con quién hablo, por favor?

Su voz de policía afloró, seria, segura.

Si creyó o no que no conocía a su interlocutora, no le importó. Y si a ella le dolía, le irritaba o le daba igual, no quería saberlo.

—Marcos, soy yo: Julia. —La sintió titubear—. Julia Córdoba. —Silencio—. ¿Cómo estás?

Temblando, se dio cuenta; estaba temblando. Y la piel parecía querer salirse del cuerpo.

—Sorprendido —mintió, en cambio—. ¿Está todo bien? ¿Ocurre algo?

—Sí, sí —se apresuró a responder, esquivando la pregunta; hacía mucho tiempo que había perdido el contacto con su padre y mantenía el mínimo con su madre—. Todo bien. Mis padres se hacen mayores, ya sabes, pero bien.

Sus padres eran un par de cabrones que, esperaba, ardieran en el infierno en el que tanto creían el día que les llegase la hora.

—Me alegro. —El tono indiferente lo desmentía.

Volvió a callar, un silencio que se prolongó más de quince segundos.

–Vas a ponérmelo difícil, ¿no? –la escucho preguntarle, con voz cansada.

Apretó el puño derecho, el que no sostenía el teléfono, con fuerza hasta que los nudillos se le volvieron blanquecinos.

–No pretendo ponértelo de ninguna manera, Julia. Estoy sorprendido, eso es todo. Ha pasado mucho tiempo.

–Sí –le confirmó–: más de diez años.

Su tono parecía apenado. ¡Que no tuviera la vergüenza de simular dolor!, se indignó. No lograría alterarle dijera lo que dijese. O no más de lo que ya estaba, se lamentó, viendo cómo sus manos seguían temblando ligeramente.

–¿Y? –le espetó–. Dudo mucho que esta sea una llamada de cortesía.

–Más o menos. Te llamo precisamente para avisarte, por cortesía.

Todo el cuerpo del inspector Puig se puso alerta. Quiiso gritarle que no tuvo esa misma cortesía el día que desapareció, así que bien podía meterse su sentido de la buena educación por donde le cupiese.

«Calma, indiferencia», se exigió.

–¿Avisarme? ¿Va a haber un ataque del ISIS en la ciudad? –Se felicitó por su chanza, su voz incrédula.

Sabía, además, que ya no estaba en la Unidad, que era como llamaban en la Policía Nacional a la brigada central antiterrorista: la Unidad Central de Inteligencia o UCI.

Pero no reconocería haber estado atento a nada que tuviera que ver con su vida.

–¡Espero que no! –No necesitaba verla para saber que estaba sonriendo, solo por su tono lo entendió y algo en él se enterneció. ¡Maldita mujer!–. Hace algunos años que dejé inteligencia, en todo caso.

–Ajá –atinó a contestar, buscando el equilibrio en sus emociones.

Lo sabía, sabía que era inspectora jefe de la UPR, Unidad de Protección y Reacción, en la capital. Que había as-

cendido entrando en otra brigada diferente y que su carrera apuntaba a meteórica.

–Te llamo por eso, por un nuevo cambio de destino. Me han ofrecido un puesto como inspectora jefe en la Policía Judicial... –Que no lo dijera, rogó Marcos, la espalda rígida y las sienas latiéndole con fuerza; que no se atreviera a decirlo—... de Valencia. Quería que lo supieras por mí.

Cayó vencido contra el respaldo del enorme sofá. Julia en Valencia... eso era todo lo que su cabeza repetía: Julia. En Valencia.

–¿Marcos? ¿Sigues ahí? –preguntó ella, extrañada después de más de diez segundos de silencio.

–Sí, claro –se aclaró la voz–, pero no sé qué esperas que diga. ¿Cuál es la respuesta correcta a eso? ¿Enhorabuena?

–No hay respuesta correcta –dijo ella–. Solo una sincera.

Pues ¡que le dieran!, esa era su respuesta sincera.

–De acuerdo, pues ya nos veremos por aquí, supongo. ¿Cuándo te incorporas?

No debió preguntar, se le había escapado.

–Este lunes.

¡Eso era en siete jodidos días! ¿O no? Se le encogió el estómago hasta prácticamente dolerle.

–¿El *próximo* lunes?

La sintió vacilar antes de corregirle en un susurro.

–Mañana.

¡Jodeeer!

Mierda de cortesía, a saber qué decía el protocolo sobre advertir a tu ex de que volvías a su vida. Ella lo sabría, seguro. Le salía el saber estar por las orejas, tenía un palo metido en el culo, tan estirada había resultado ser.

–Vale. –Se felicitó por la indiferencia en su voz–. Insisto: seguro que nos veremos. Suerte en tu nuevo puesto y gracias por llamar, supongo. Saluda a tus padres de mi parte, por favor.

Y colgó sin esperar respuesta, cagándose en todo por el «por favor» final; no le pediría nada. Ojalá pudiera haberse ahorrado, tragado si era necesario.

Miró la hora: la una de la tarde. Esa semana iba de noche, un compañero estaba de vacaciones y lo sustituiría. Dudaba bastante, de repente, de que pudiera dormir hiciera lo que hiciese, porque su cabeza iba a pasarse el día repasando aquella llamada palabra por palabra, quisiera él o no, dado que no iba a poder evitarlo.

Así pues, se puso unas mallas de *running* y una camiseta térmica, las deportivas en los pies y el garmin en la muñeca, y salió rumbo al bulevar a correr hasta la extenuación. Estuvo una hora y cuarenta minutos a una media de cuatro cincuenta. La rabia solía aumentar su capacidad de competición.

* * *

Once años antes...

Julia era consciente de que tenía que darse prisa: la graduación oficial era al día siguiente, con una fastuosa ceremonia a la que acudirían los familiares, pero esa tarde ya los habían licenciado como inspectores de la Policía Nacional en un acto discreto y privado y también mucho más emocionante para todos ellos.

Su familia no acudiría. Había visto a sus padres por última vez cuando los llamó para hablarles de su boda, de esa que ya había celebrado sin previo aviso. Y si cuando los marqueses de Álvarez de Tafalla conocieron a Marcos dejaron patente que no les gustaba en absoluto que su única hija anduviera con un hombre «muy por debajo de sus posibilidades», según sus palabras, saber que se habían casado de forma repentina y en secreto había desatado la ira de Saturnino Córdoba en especial, quien movió

hilos y contactos para amenazarla poco después con enviar a su marido a Ceuta de por vida. Viendo que la coacción no funcionaba, le ofreció a ella un puesto en la Unidad, sabiendo que la lucha antiterrorista era su ambición. Tampoco aquello funcionó.

Marcos y Julia tenían un plan: elegir un destino en la misma ciudad con independencia de cuál fuera este y, en el futuro, ir posicionándose. Ella era ambiciosa, él no tanto, prefiriendo tener una gran familia, y le dijo que la seguiría y se encargaría él de los niños cuando llegasen.

¿Cómo no haberse enamorado de un hombre como aquel?, seguiría pensando una década después, sin saber lo que estaba por venir.

Los acontecimientos de las semanas anteriores a graduarse, no obstante, lograron lo que la influencia de su padre no había alcanzado: se marchaba de allí sola, sin él, y sin valor para dar ninguna explicación, cual delincuente, con nocturnidad y alevosía.

Su conciencia le decía que era mejor así, aunque sospechaba que había mucho de cobardía en aquella conciencia suya.

Los chicos, Mateo, Luis y el resto, su marido incluido, estaban en un asador celebrando la jura y asegurándose de emborracharse lo suficiente para tener una resaca espantosa al día siguiente. Habían bromeado sobre ello desde que se conocieran, una semana después de entrar en la academia, cuando comenzaron las clases e hicieron un grupo de estudio, convirtiéndose en buenos amigos.

Para evitar sospechas, también Julia había prometido emborracharse esa noche, pero les había dicho que primero tenía que acomodar a sus padres, que se suponía que se hospedarían en el Parador –no era cierto, desde luego, no se habían dignado a aparecer en el día más importante de su vida profesional solo por haber sido contradichos–, y que, más tarde, se acercaría a tomar un par de copas, o las que fueran necesarias, para celebrar

que ya eran inspectores y acudir a la jura del cargo más muertos que vivos.

La realidad era que había llegado a un acuerdo con su padre la tarde anterior, para sorpresa de este, que había dado por perdida la batalla: se separaba de Marcos y, a cambio, la destinaban a la Unidad y, sobre todo, él no era enviado a Extranjería en la frontera con Marruecos como inspector de un CIE, centro de internamiento de extranjeros, donde su trabajo sería un infierno. Lo propondrían, en vez de eso, para Valencia, a su ciudad natal, a la brigada de Escoltas, un puesto que le había gustado desde el principio.

Las lágrimas corrieron una vez más por sus mejillas, entendiendo el calado de su decisión, sabiendo que, con mucha probabilidad, no volvería a verlo, y sintiendo la sensación de vértigo en el estómago al intentar asimilar la idea.

¡Habían hablado tanto de comprar una casa bonita y llenarla de críos! Julia le había advertido que no más de tres, pero él siempre replicaba que quería un equipo de balonmano, el deporte que había practicado hasta aprobar.

Y ahora iba a dejarlo tirado sin ninguna explicación.

Su padre, se juró, nunca sabría cuál era la razón real por la que había cedido a sus presiones, Julia jamás se las contaría a nadie, ni siquiera a Marcos, por más que eso la fuera a convertir a sus ojos en una hija de mala madre. Sabía que nunca la perdonaría, pero estaba convencida de que, en el fondo, lo mejor era separarse, dado todo lo ocurrido las dos últimas semanas. Y hacerlo así aseguraría que no tuviera tentaciones –ni posibilidades tampoco– de volver con él.

Cogió la foto del día de su boda, sin saber qué hacer con ella. No debía ponerla en la maleta, no podía llevarse recuerdos de alguien a quien dejaba atrás, y aun así el co-

razón se le encogía al pensar en no volver a ver aquel instante.

Sacó de nuevo de los enseres ya empaquetados la réflex, sacó la fotografía del marco y tomó la mejor imagen que pudo, prometiéndose imprimirla varias veces para asegurarse de no perderla nunca. Pensar en Marcos, en su pelo castaño, ondulado, y en el verde de su mirada, la hizo contener otro sollozo.

Lo conoció al entrar en la academia y, una semana después, ya eran pareja; es más, estaban locos el uno por el otro y convencidos de que lo suyo era para siempre, que juntos serían invencibles y que cualquier defecto, manía o diferencia de pareceres que fueran descubriendo no cambiaría sus sentimientos, sino que los acrecentaría. ¡Eran tan jóvenes, con apenas veintitrés años!

Al mes de llegar a Ávila, se mudaron a un pequeño piso de alquiler en el que tener intimidad y, dos meses antes de graduarse, a los seis meses de vivir juntos, se casaron en una discreta ceremonia en el juzgado, con Mateo Beltrán de padrino y testigo junto con el celador de la sala, pues no quisieron compartirlo con nadie más.

Recordaba el ramo que le regaló, un pequeño *bouquet* de orquídeas enanas, blancas y entaipadas. Aún estaba pendiente de recibir el cuadro que había encargado con él, donde secarían cada flor, desharían algunos pétalos y los pegarían en un lienzo, pintando en abstracto la tela. Tendría que hablar con la artista y darle una nueva dirección de entrega.

Si bien la madre de Marcos se había alegrado por el enlace y les había dicho que ya habría tiempo de celebrarlo cuando se graduasen, sus padres, al enterarse, habían acudido prestos a increparles, a apelar al honor de él, diciendo que Julia merecía a alguien mejor, habían cruzado insultos y más amenazas... Y Marcos siempre se mantuvo firme pero educado, asertivo, respetando a quienes no lo respetaban por amor a su esposa.

Y ahora ella estaba recogiendo todo lo que había en el piso para largarse cual rata por tirante, con una escueta nota que solo decía: «Lo siento, he descubierto que todo esto ha sido un error. Buena suerte».

La iba a odiar para siempre, pero era lo mejor para él. Y, si no, lo era para ella, aunque sabía que pasaría el resto de su vida añorándolo. No era tendente al drama y esperaba superarlo con el tiempo y, ¿quién sabía?, quizá se atreviera a volver a ilusionarse con un hombre, sabiendo lo que sabía ahora. Pero en ese instante la idea se le antojaba imposible.

Marcos era y sería su amor. Siempre.

Miró las cajas y las maletas: seis meses de felicidad resumidos en lo que cabía en su maletero. Tuvo que contener las lágrimas o jamás se marcharía.

Salió del piso sin mirar atrás, dejando las llaves dentro, en el mueble del recibidor, bien a la vista. Arrancó el coche y se marchó con los ojos anegados en dolor.

Se fue sin saber que menos de quince minutos más tarde él iría a buscarla, acompañado de Mateo, extrañados de su retraso y de que en el Parador no supieran nada de una reserva a nombre de ningún Córdoba, que fue donde acudieron primero. Tampoco supo cómo fue para él aquella noche.

No recibió un mensaje, una llamada, nada... En las siguientes semanas Julia deseó tanto como temió que contactase para pedirle explicaciones, pero no lo hizo. Salió de su vida como ella lo había hecho de la de Marcos. Sin palabras.

Diez meses después, aprovechando la ley del divorcio exprés, le envió los papeles, que él firmó y devolvió a su abogado, y aquello fue todo.

No volvió a verlo y se aseguró de no saber de él, evitando las reuniones con los compañeros de promoción para no encontrarlo. Le daba miedo, a pesar de los años